

Desigualdades en Colombia

María José Álvarez Rivadulla

Universidad del Rosario, Bogotá

Esta breve nota comenta los resultados del informe *Cultura política de la democracia en Colombia y en las Américas, 2012: Hacia la igualdad de oportunidades*, que sintetiza los principales resultados de la encuesta LAPOP-Barómetro de las Américas, ola 2012, para Colombia. Esta encuesta, que se realiza regularmente en toda la región, incluyendo Canadá y Estados Unidos, constituye una fuente riquísima de información que uso habitualmente en mis clases y que empecé hace poco a usar en mi investigación. Me parece además una fuente importante de datos para la toma de decisiones. El tema de este año, desigualdad, discriminación y marginación, me pareció particularmente interesante y relevante principalmente para un país como Colombia.

Algunos hechos sobre la desigualdad. Qué es y por qué importa

La diferenciación social implica la existencia de cualidades y roles diversos. Todos los grupos y sociedades tienen alguna forma de diferenciación y ella suele aumentar con el tamaño de los mismos. La desigualdad social es la jerarquización de esas diferencias. Es la condición por la cual las personas tienen un acceso inequitativo a recursos valorados. Todas las sociedades tienen un cierto nivel de desigualdad en un momento dado. No todos nos sacamos la misma nota en la tarea, no todos tenemos el mismo dinero para comer hoy, no todos pudimos dormir cómodamente anoche. Cuando esas desigualdades comienzan a repetirse, cuando somos los mismos los que sacamos mala nota, los que no tenemos

dinero o los que no podemos dormir en una buena cama, la desigualdad se transforma en estratificación, esto es, en un sistema institucionalizado que determina quién obtiene qué y por qué. Ciertas posiciones se asocian entonces con obtener ciertas cosas. Ahí tenemos un problema.

Pensemos en la desigualdad socioeconómica. La mayor parte de la desigualdad socioeconómica del mundo es aquella que existe entre países. Un colombiano o latinoamericano promedio tendrá menos oportunidades en la vida que un europeo promedio. Según el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), Colombia se ubica en el puesto 87 entre 187 países si miramos el ranking de IDH (Índice de Desarrollo Humano). Ahora, ese promedio oculta grandes desigualdades a la interna de uno de los países más desiguales de la región y del mundo. Además, Colombia combina esa alta desigualdad socioeconómica con altísima pobreza.

¿Por qué es preocupante la desigualdad socioeconómica? ¿Por qué no podemos vivir con ella? Al fin y al cabo, como nos dice la hipótesis sociológica funcionalista de Davis y Moore, ¿no será que la desigualdad es buena porque fomenta el esfuerzo y la motivación para ascender? Podríamos señalar varios argumentos por los que la desigualdad es un problema. La desigualdad es éticamente injusta con los que están más abajo (el argumento moral). La desigualdad tiene efectos negativos en el desarrollo del país al tener, por ejemplo, capital humano potencial subutilizado (argumento económico). La desigualdad puede impactar negativamente la calidad de la democracia, trayendo conflictos y excluyendo políticamente a los excluidos económicamente (argumento político). Un argumento interesante y que rara vez se menciona es que la desigualdad no es solamente perjudicial para los que están más abajo. Puede tener efectos negativos para los

más privilegiados, entre ellos la violencia, el miedo a usar el espacio público, los altísimos costos en seguridad y en educación, y hasta una peor salud (ver los estudios de Richard Wilkinson sobre esto último).

Ahora que ya sabemos por qué la desigualdad es un problema, voy a concentrarme en cuatro temas para comentar sobre los resultados de la encuesta para Colombia: (1) la existencia de distintos tipos de desigualdad en el país y la región, no sólo económica; (2) los aspectos subjetivos de la desigualdad; (3) una nota positiva sobre el país; y (4) algunas soluciones posibles a los problemas de inequidad.

1. Diferentes tipos de desigualdad

El informe parte de la existencia y muestra la persistencia de la desigualdad socioeconómica. No sólo evidencia la existencia de una brecha grande sino, lo más preocupante, subraya la reproducción intergeneracional de la desigualdad. Primero, la correlación entre educación de la madre o del padre y la educación del hijo es muy fuerte. Esto habla de la solidificación de las posiciones sociales de las que hablaba cuando hablaba de estratificación. Dime qué educación tiene tu padre y te diré cuál tendrás tú. Y si esto sucede en una época de movilidad estructural, de oportunidades, como la que vive hoy Colombia, esto es aún más preocupante. La movilidad estructural es la movilidad debido a cambios macro de una sociedad, como por ejemplo la urbanización y expansión del sistema educativo que ha sufrido Colombia en los últimos años. Cuando hay movilidad estructural todos nos movemos hacia arriba. Parece que en Colombia subimos pero nos mantenemos a la misma distancia del que está más arriba. No se cierran las brechas. El umbral se nos mueve tanto como nosotros logramos movernos.

Segundo, el informe nos habla de distintos tipos de desigualdad además de la socioeconómica. Tiene en cuenta los “sospechosos de siempre” en la literatura: raza y género. Y tiene en cuenta otra fuente de desigualdad que aparece como especialmente relevante en Colombia: el lugar de residencia. Las categorías rural y urbano, el tamaño del lugar de residencia y a veces la región o lugar específico aparecen fundamentales para varios resultados. Las desigualdades geográficas son en Colombia una “desigualdad persistente”, como diría Charles Tilly.

La encuesta nos permite ver el efecto de ocupar estas distintas posiciones sociales en distintos resultados. Pero también nos permite ver, y esto es lo que me parece más interesante, cómo estas desigualdades se conectan, se intersectan. En el informe vemos, por ejemplo, que tener un color de piel más oscuro predice menor educación. Que vivir en una zona urbana versus rural predice más años de escolaridad. Que ser mujer no afecta los años de educación. Parece que las mujeres hemos alcanzado cierta igualdad educativa pero el techo está en el mercado de trabajo y en particular en los ingresos, donde sí hay una desventaja en el hecho de ser mujer. Según otros estudios en la región, a esto podemos sumar niveles más elevados de desempleo, mayor precariedad e informalidad, inferiores condiciones de trabajo, limitadas prestaciones de salud, reducido porcentaje de afiliación a la seguridad social y muchas más horas de trabajo de cuidado no remunerado, independientemente de la clase social de la que hablemos.

Cuando analizamos la combinación de estas desigualdades hay dos posibilidades: la más frecuente es la acumulación de desventajas. Ser mujer, negra, pobre en un área rural me da menos oportunidades en la vida. Pero esas interconexiones no siempre generan acumulación de desventajas. Si

se acumulan o no es una pregunta empírica. En ciertos contextos particulares, ser mujer puede ser beneficioso para algunas cosas. Por ejemplo, según algunos estudios en Colombia, la inserción (precaria) de mujeres en el mercado de trabajo es a veces más fácil entre las desplazadas que entre los desplazados, por ejemplo en el servicio doméstico (como nos enseñan Donny Meertens y Nora Segura Escobar). La base de datos del Barómetro de las Américas permite explorar estas intersecciones cuantitativamente con efectos interactivos entre esas variables como predictores de distintos resultados de interés.

Las preguntas que sirven para analizar la desigualdad racial merecen una nota aparte. Son básicamente dos. La primera es de autoidentificación y es la que habitualmente se utiliza, por ejemplo en los Estados Unidos, para estimar desigualdades en salud, vivienda, ingresos, etc. En el caso colombiano se les preguntó a las personas si se consideraban blancas, mestizas, mulatas, indígena, negras o afro u otra categoría. Pero también se incluyó una pregunta, a sugerencia del investigador en temas raciales Edward Telles, en la que es el encuestador quien identifica el color del entrevistado basándose en una paleta de once colores. Esta última medida, que suena rara a científicos sociales que hemos estudiado la construcción social de las categorías raciales, es sin embargo muy útil para ver desigualdades en las oportunidades en la vida. Más que la autoidentificación étnico racial, el color de piel se asocia en Colombia y la región a menores ingresos y a menor educación, por poner sólo dos ejemplos.

Además, lo interesante de tener ambas aproximaciones a la raza es contrastarlas. Al hacerlo vemos que no hay una correlación perfecta para nada. Por ejemplo, en Colombia, “mestizo” es una categoría arraigada, mayoritaria y que no depende

del color de piel. Muchas personas que los encuestadores consideran de piel clara, se consideran a sí mismos como “mestizos”.

2. Aspectos subjetivos de la desigualdad

El Barómetro de las Américas-LAPOP de 2012 no sólo nos ofrece variables para medir el efecto de pertenecer a ciertos grupos sino que también nos permite analizar aspectos subjetivos de la desigualdad como la percepción de discriminación, la autopertenencia de clase y la legitimación de la desigualdad. ¿Cómo perciben los latinoamericanos la desigualdad en la que viven? ¿Cómo se sitúan en la estructura social desigual? ¿Sienten que su realidad es injusta? ¿Sienten que la de otros lo es? ¿Han tenido o detectado experiencias de discriminación?

Una pregunta interesante para hacerse es si hay países más tolerantes que otros a la desigualdad. Los países más inequitativos objetivamente, podríamos conjeturar, serían los más acostumbrados a la desigualdad y por tanto los más tolerantes con ella. No existen estudios comparados sistemáticos en la región sobre estos temas. Sí los hay para países desarrollados a partir de los esfuerzos del International Social Justice Project con sede en la Universidad de Humboldt, en Berlín. Más recientemente, este proyecto ha incluido países en desarrollo. Y en la región es en Chile donde se ha avanzado más sobre este tema por parte de académicos preocupados por la creciente y persistente desigualdad a pesar del crecimiento y la disminución de la pobreza (ver los trabajos de Juan Carlos Castillo e Ismael Puga así como el proyecto de Francisco Sabatini y otros sobre cohesión en áreas urbanas de Chile).

¿Qué aprendemos sobre esto a partir del informe? Primero, los latinoamericanos en general son bastante conscientes

de las desigualdades que viven. No hay ese acostumbramiento a la desigualdad que podríamos predecir bajo una hipótesis de legitimación. Y además Colombia, uno de los más desiguales, nos sorprende. Es uno de los países donde la discriminación se percibe más en oficinas de gobierno, en el trabajo, en los lugares públicos. Sin embargo, no entendemos bien cómo funciona esa conciencia de la discriminación. No coincide con las medidas objetivas de desigualdad. No son las mujeres ni los de piel más oscura ni los que viven en zonas rurales los que se sienten más discriminados. Y como si la confusión fuera poca, esas medidas de discriminación no resultan significativas para entender otros procesos. Por ejemplo sentirse discriminado no tienen impacto alguno en predecir apoyo al sistema político, ni en si las personas se sienten representadas o no por los partidos. Tenemos que seguir explorando cómo se percibe y experimenta la desigualdad, cómo se convive cotidianamente con altos niveles de desigualdad y cómo se hace sentido de ella.

3. Nota positiva. No resultados. Igualdad en participación política

Uno siempre quiere encontrar efectos cuando hace este tipo de análisis para constatar que las hipótesis tenían sentido; casi nunca se reportan los “no resultados”. Pero aquí los no resultados son una muy buena noticia. No se observan diferencias en la participación electoral de los colombianos relacionadas con el sexo, la educación, la riqueza o el color de piel. No sólo eso; las mujeres y las personas de piel más oscura participan más en organizaciones comunitarias (aunque eso en el informe incluye organizaciones religiosas además de organizaciones comunitarias, y de padres de colegios). O sea, que las consecuencias

negativas de la desigualdad en la democracia no parecen estar presentes, al menos medidas como lo hace este informe.

¿Qué hacemos con este resultado? O nos quedamos contentos, como en el caso del resultado de otra encuesta que dice que Colombia es el país más feliz del mundo, o nos ponemos a entender por qué. ¿Qué lleva a las mujeres a participar más en actividades de la sociedad civil, por ejemplo? ¿Qué mujeres son? ¿Qué organizaciones son? Entender esto puede llevarnos a comprender y mejorar aun más la democracia en este país.

4. ¿Cómo solucionar estas desigualdades persistentes? ¿Qué hacer? ¿Cómo romper con la historia?

En esta última sección de comentarios me voy a meter con la obsesión nueva de que la receta para la región es fomentar la clase media y voy a argumentar que el objetivo debe ser más bien disminuir la desigualdad y contrarrestar la fragmentación. Desde hace un tiempo me ha llamado mucho la atención un *boom* en la agenda política latinoamericana de promover las clases medias, receta que vemos en discursos de presidentes, ministros, asesores, medios de comunicación y que es promovida por el Banco Mundial. El fomento de la clase media se está transformando en un eslogan de política, en una nueva forma de ver el desarrollo. Ya no se trata de superar la pobreza sino de ampliar las clases medias. Esto, que en principio suena bien, tiene a mi juicio tres problemas fundamentales:

Primero, se le atribuye al engrosamiento de la clase media un montón de virtudes, entre ellas la estabilidad política. Si bien es razonable conjeturar que las clases medias amplias generan mejores condiciones para la democracia y la estabilidad (de hecho eso es lo que dice una mirada

transversal de los países del mundo: efectivamente los que tienen mayores clases medias son más estables), también es importante ver que históricamente son las clases medias, frustradas por los techos a la movilidad, las que protestan y se rebelan frente a esas expectativas truncadas. Basta mirar el informe del Barómetro de las Américas-LAPOP Colombia para empezar a encontrar evidencia en contra de esta hipótesis de “clase media igual a estabilidad”. Por ejemplo, los que más votan (que podría ser un indicador de creencia en la instituciones) son los de bajo nivel educativo y los siguen los de alto nivel educativo. Los del medio votan menos. Además, en cuanto a voto, no hay diferencia por quintiles de riqueza. Es decir, no hay razón para pensar que los más pobres no desean y no trabajan por la estabilidad. Por el contrario encontramos un resultado interesante y perturbador y es que los quintiles más altos apoyan menos al estado de derecho. El problema de Colombia no parece ser el de unas clases populares peligrosas que traen inestabilidad política.

Segundo, otro problema de esta mirada de promover la clase media es que por clase se entiende sólo ingresos. Y por clase media se entiende un grupo de ingresos, entre 10 y 50 dólares al día. Atribuir todas esas virtudes a un grupo tan heterogéneo y que sólo tiene en común un rango bastante amplio de ingresos es, siento, arriesgado. En la versión sociológica, la clase es una posición social basada en la ocupación y el ingreso es una consecuencia de ella. Hay muchas maneras de medir clase y muchos debates sobre ello. Pero, pragmáticamente, para que la clase prediga comportamientos políticos (y otros *outcomes* como salud) debe medirse incluyendo aspectos más estructurales, menos volátiles que el ingreso, al menos educación.

Finalmente, hablar de fomentar las clases medias evita hablar de un tema

fundamental que es la desigualdad, la enorme concentración de ingresos en los deciles superiores y la combinación de esa desigualdad socioeconómica con otras como las que explora esta encuesta. El foco, entiendo, debe estar en disminuir brechas de oportunidades en la vida. Eso sí traerá estabilidad. Si no, tendremos los problemas de Chile y su sistema educativo, o la enorme segregación residencial de su capital, por citar sólo un ejemplo. No alcanza con subir a los que están más abajo para tener una sociedad integrada. Esto pasa, entre otras, por disminuir brechas de ingresos vía impuestos y vía gasto social redistributivo (el gasto social ha venido subiendo en Colombia pero es muy bajo comparado con la región). Pasa también por un sistema educativo inclusivo. ¿Por qué nos damos por vencidos? ¿Por qué no puede pensarse en escuelas públicas que sean tan buenas que atraigan a sectores medios, que integren? Empecemos por unas experimentales, unas que ofrezcan algo que otras no ofrecen. Y pongámoslas en lugares de frontera entre barrios de distinto nivel socioeconómico. Viniendo de un país como Uruguay, donde uno podía (al menos en el pasado) ir a la escuela pública y ser luego el vicepresidente o hacer un doctorado así sus padres no hubiesen estudiado, creo que no podemos abandonar ese sueño. Las consecuencias en términos de integración de sentarse en el mismo banco de escuela primaria con el hijo del abogado y el hijo del carnicero son insuperables. Pasa también por pensar la estructura de cuidados de modo que las mujeres podamos, con esa educación que hemos logrado, salir al mercado de trabajo y quedarnos en él, ascender en él, con igualdad de condiciones. Hablo de guarderías de calidad para la primerísima infancia. Hablo de licencia paternal. Pasa además por disminuir las brechas de infraestructura educativa y general entre

el mundo rural y el mundo urbano, y entre regiones, regiones por ejemplo donde se encuentra gran parte de la población afro e indígena de Colombia pero no sólo eso; regiones donde hay campesinos que por no ser afro o no ser indígenas no son legibles para el Estado y no logran tener recursos suficientes como para que el lugar o la familia donde nacieron no determine las oportunidades en la vida. Pasa por acción afirmativa para minorías étnico raciales y, también, por pensar formas creativas para llegar a poblaciones vulnerables que no se autoidentifican como tales. Pasa, finalmente, por pensar ciudades inclusivas, con espacios públicos pluriclasistas, con barrios más integrados, con vivienda de interés social localizada no en la periferia de la ciudad sino en las áreas centrales junto a proyectos de sectores medios y altos.

Es cierto que los recursos siempre son escasos pero creo que, como dice Ruben Kaztman, es importante tener como meta la integración en igualdad al pensar en el rumbo de nuestros países. Esta encuesta del Barómetro de las Américas nos permite pensar en estos temas de maneras bien complejas y, ahí radica su riqueza principal, en forma comparada. Es una fuente riquísima de respuestas y está abierta para que nosotros la interroguemos con éstas y otras preguntas.